

CARTA DE LOS PRESIDENTES DEL M.F.C.

Queridas familias:
¡Felicidades! ¡Jesucristo resucitó venciendo a la muerte y abriéndonos las puertas de la Vida Eterna a todos los que creamos en Él y nos esforzamos en cumplir su Palabra!
Esperando que tengan una muy feliz Pascua de Resurrección, resultado de haber crucificado con el Dios que se deja clavar un madero por amor a nosotros, todas aquellas cosas que con nuestras actitudes impiden que la propia familia sea lo que debe ser: comunidad de vida y amor; y pueda cumplir con la misión que el propio Dios le encomienda: transmitir el amor, tarea por la que todos tendremos que dar cuenta al final de nuestra vida.
A propósito de esto, quisiéramos reflexionar en este breve espacio, acerca de uno de los fenómenos que más conspiran en la formación de las nuevas generaciones y que lamentablemente vemos proliferar en nuestro entorno: la desintegración de las familias.
No podemos ignorar que existen muchas causas externas que contribuyen a la proliferación de este fenómeno: la larga tradición divorcista existente, la falta de vivienda, la convivencia de varias generaciones bajo el mismo techo, la insuficiencia del salario para cubrir las necesidades básicas, las salidas del país por uno de los cónyuges, **en búsqueda de soluciones a la economía**

familiar... realmente el panorama es difícil y estresante **por lo reiterado del fenómeno...** pero esto no es lo peor, **ya que junto con esto, en la sobrevivencia, la familia ha hiperbolizado la función económica en detrimento de la función cultural– espiritual, imponiéndose cada vez más la cultura del “tener” más que la del “ser”, la de excluir más que la de incluir, la de “todo vale”.**
Reflexionemos en nuestros antepasados, cuántos de ellos pasaron inenarrables trabajos, entre ellos el de “romper sillones” en largos noviazgos a fin de acumular lo imprescindible para casarse y poder vivir, quizás, en un cuartito de una casa de vecindad, remendar ropa porque no había suficiente dinero para comprar nueva... y cuántas cosas más que no llegaremos nunca a conocer en toda su magnitud... pero eso sí, tenían una serie de valores cristianos y humanos que los hicieron pasar por muchas dificultades siendo uno, con el concepto y compromiso de familia ante la sociedad que los llevaba a enfrentar la vida y sus altibajos como uno solo, ayudándose, consolándose, llenos de fe y confianza en el Dios de la Vida y la Historia que les permitía afrontar la vida, con espíritu de lucha y con esperanza, con verdadero AMOR por sus hijos, criándolos en el espíritu de amorosa exigencia, sin falsas lástimas que nos llevan a

complacerlos en todo y por todo, **reblandeciendo su voluntad, ahorrándoles esfuerzos y responsabilidades.**

Reflexionemos todos, sin pensar que el pasado fue mejor, sino pensando que el futuro puede ser mejor, si empezando por nuestra propia familia contribuimos a que ella sea lo que debe ser, si somos capaces de asumir con todo lo que esto conlleva, el papel de primeros, principales y fundamentales educadores de nuestros hijos, sin cederle o permitirle usurpar este grave derecho—deber a otros, inculcándoles el amor a Dios, los valores humanos y cristianos, mediante el diálogo, la comprensión y la corrección firme y amorosa, la valoración de la dignidad de la PERSONA, en su propio yo y en la de los demás, especialmente en los semejantes de sexo opuesto.

Esto, por supuesto, supone por parte de los padres el esfuerzo de encontrarnos al nivel al que aspiramos que nuestros hijos alcancen. Reflexionemos y sobre todo oremos para que el Dios que siempre quiere estar en nosotros, acompañándonos, y protegiéndonos, nos ayude en esta tarea.

¡Hasta la próxima y que el Señor bendiga y guarde a nuestras familias!

Ana María y Rubén